

LA PSICOLOGÍA EN PUERTO RICO: APUNTES SOBRE EL ESTADO DE UN ARTE

CARLOS ALBIZU-MIRANDA y NORMAN MATLIN*

LA psicología, tal y como se enseña en América, se ajusta a la realidad norteamericana. Mientras ésta se encauce hacia el adiestramiento de psicólogos que hayan de dedicarse a pacientes norteamericanos, dicha orientación es indiscutiblemente legítima. No obstante; cuando dicha psicología afirma que es ella la interpretación psíquica de la conformación humana y, por ende, aplicable a todo hombre en cualquier lugar o tiempo, las tendencias antedichas conllevan limitaciones muy severas. La experiencia habida por psicólogos puertorriqueños, de adiestramiento americano, comprueba a cabalidad el aserto anterior; ejemplifica, además, cuánto puede suceder de no tomarse en cuenta dichas limitaciones.

Generalmente, el psicólogo puertorriqueño inicia su adiestramiento, al efecto, durante sus primeros años de colegial, en el nivel no graduado. Efectúa entonces una concentración de cursos dentro del marco de su disciplina de especialización. Casi siempre sus textos son en lengua inglesa. Aun en los casos esporádicos en que sus textos son en español, son ellos traducciones del inglés. En dichos cursos se utiliza como vehículo de enseñanza la lengua española. No obstante, ocasionalmente, hay algún profesor de los Estados Unidos que enseña en inglés. Invariablemente también, los experimentos que se discuten, así como los casos patológicos sometidos a estudio, son americanos. Las teorías que adquiere son americanas y, en el caso de teorías europeas, las recibe a través del lente peculiar de la psicología norteamericana.

Cursa luego este psicólogo estudios postgraduados en América. Difícilmente se dará el caso de que algún profesor le conceda atención

* El doctor Carlos Albizu-Miranda es catedrático de psicología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. El profesor Matlin es conferenciante de psicología en la misma facultad.

especial a él. Tampoco es probable que él se atraiga alguna atención especial, cuestionando dichas teorías. Resulta, pues, un flujo unilateral de información, el cual se inicia en el profesor y en el cual el estudiante es mero receptor. Alejando de su hogar, este psicólogo en ciernes, se preocupa más por hacerse de todos esos conocimientos, que por determinar si éstos habrán de serle de utilidad a su regreso a la isla.

Es fácil advertir, al efecto, que el estudiante recibe, junto a los beneficios de la psicología americana, su limitado campo de acción. Si bien el tema de las divergencias culturales surge ocasionalmente en los cursos, no se considera éste como uno de los aspectos más importantes de la disciplina. Las verdaderas diferencias culturales se despachan con un somero análisis de alguna que otra tribu primitiva, entre las mejor conocidas de éstas. La mayor parte de lo que se denomina estudio de divergencias culturales es, en realidad, la respuesta diferencial de diversos niveles socio-económicos. Aun en la discusión de estos aspectos, en vez de enfocarse *cómo* los integrantes de las varias clases sociales piensan y actúan, se adultera la labor en un intento de justificar cualesquiera actividad descarriada o ilegal de los grupos sociales inferiores. Dicha predisposición aparece elegantemente satirizada en *West Side Story*. Una discusión más seria de sus resultados puede hallarse en *Delinquency and Drift* de David Matza. A pesar de esta defensa que hace algunos comportamientos de los sectores inferiores, la psicología americana se orienta, básicamente, hacia la clase media. El estudio sobre New Haven (1958) hecho por Hollingshead y Redlich señala la incapacidad del psicólogo para establecer comunicación con el paciente de nivel social inferior.

En la actualidad, se advierte la disposición de aprovechar al psicólogo en la obra de bienestar público del Estado. Esta práctica quizás redunde en cambios favorables para la disciplina, pero cuáles hayan de ser éstos queda aún por determinarse. Toda vez que el psicólogo trata de elevar su cautivo auditorio hacia un nivel de conducta propio de la clase media mientras, a la vez, se esfuerza por justificar las actuaciones de éste, a tono con su nivel de clas inferior, no hay motivos para sentirse prematuramente jubiloso por resultados potenciales de la novel situación.

Tentativa de regreso a casa

Regresa el psicólogo a Puerto Rico. Se inclina a usufructuar su bien ganado bagaje ideológico e instrumental, de adquisición reciente. Y ahí comienzan las dificultades. Los *test* psicológicos están en lengua

inglesa. Para una persona bilingüe ya, esto no debería representar un insalvable obstáculo. A pesar de ello, en cuanto comienzan a llegar los resultados de la prueba, se revelan sorpresas innegables.

Las respuestas de los puertorriqueños a los *test* de inteligencia revelan, al parecer, que aproximadamente una tercera parte de estos adultos debe clasificarse en el encasillado de retardación mental (Albizu, Matlin y Stanton, 1966). Aunque el cuadro que se presente pudiera ser certero, el psicólogo se encuentra ante un dilema: ha aprendido que tan sólo un dos por ciento de cualquier sociedad puede corresponder a este grupo. En este punto se impone, pues, el sentar nuevas normas: *la reestandarización*. Ello le sirve de atenuante alivio, ya que piensa que es algo análogo a lo que hace el físico con la recalibración, en la cual se atienden las alteraciones derivadas de cambios de clima o altura. No obstante, allí donde se intenta esta *reestandarización* surgen nuevas dificultades. Y es que la raíz verdadera del problema permanece intacta. Los procesos de desarrollo intelectual en Estados Unidos y Puerto Rico discurren por carriles dispares.

Tampoco funcionan otros instrumentos de medición. Ante un "*Purdue Pegboard*" un puertorriqueño corriente obtiene una puntuación que lo clasifica entre la percentila 80 a 89 a juzgar por las normas de los Estados Unidos. Aun los cortadores de caña, a quienes imagináramos tan toscos por los años de ruda labor manual, obtienen resultados sorprendentes. Pero el psicólogo no puede juzgar aquí, esta situación tan ventajosa, como ella sería en los Estados Unidos. Es obvio que donde la gran mayoría de la población posee decidida destreza manual, la persona diestra no posee codiciable ventaja alguna.

En forma análoga, los *tests proyectivos* conducen a resultados peculiares. Tanto si el psicólogo utiliza el Rorschach, el T A T o las oraciones incompletas, el puertorriqueño corriente presenta un cuadro, que de hallarse en un americano, autorizaría al psicólogo a considerarlo deprimido a un nivel patológico. Lo llevaría quizás, a iniciar los arreglos para institucionalizarlo. Sin embargo, en su ambiente, el sujeto funciona normalmente.

El problema es aún más serio que el de recluir o institucionalizar a toda una sociedad. De efectuarse una aplicación rígida de las normas norteamericanas, resultaría necesario clasificar a toda la sociedad puertorriqueña como una sociedad psicopatológica. Mas con esto, sólo se señalaría que lo que sucede es que esta sociedad es una sociedad diferente; que las pautas trazadas con patrones puertorriqueños hallarían en la sociedad americana a una sociedad patológica. Mientras no haya normas libres de cargas culturales, no puede considerarse ninguna sociedad patológica a la luz de patrones dispares.

Lo esencial y arcano de la cuestión es, que pueden utilizarse pautas que enmarquen la visión característica de una sociedad para establecer comparaciones de ésta con otras sociedades. Sin embargo, no pueden usarse dichas pautas para evaluar a individuos de otra sociedad; lo cual no obsta, sin embargo, para que las mismas se utilicen para aplicarse a individuos pertenecientes a la sociedad en que se originan las mismas. El que un puertorriqueño se halle deprimido en mayor o menor grado que sus compatriotas, conlleva un significado diferente del que poseería de tratarse de un americano. La felicidad no es una mera condición clínica, sino un valor normativo, entrelazado con otros muchos valores de una sociedad.

Para utilizar sensatamente los instrumentos proyectivos de medición, se requiere no tan sólo una reelaboración de los mismos, sino también la determinación de lo que significan e implican las desviaciones, tras discernir el alcance que dichas desviaciones representan en cada sociedad. Aunque las patologías de la sociedad puertorriqueña resulten tan dañinas como cualesquiera otras, un cabal conocimiento de cómo las mismas proceden es necesario para poder llegar a un diagnóstico acertado.

Todos los problemas no se le presentan al psicólogo en aglutinante delegación simultánea. El psicólogo los va encontrando uno a uno. Al utilizar un *test* específico con un cliente en particular se halla entonces ante la alternativa de considerar las pautas del *test* inexactas o, en su defecto, concluir que su diagnóstico ha sido equivocado. Constatamos sobre el alto grado de confianza en sí mismo que ha de poseer un psicólogo para echar por la borda los expertos en que cree, para abandonar su instrumental, para encaminarse a ciegas sin más apoyo que su propio juicio. No es de extrañar, pues, el que sólo algunos psicólogos tengan la audacia de hacerlo.

No es tan sólo el manual del psicólogo lo que no resiste el transplante al clima ambiental puertorriqueño; aún las nociones de lo que constituye psicopatología parecen funcionar inadecuadamente. Un paciente indica casualmente que él estuvo hablando de su problema con su madre, la noche anterior. Como es la primera vez que dicho paciente menciona a su madre, el psicólogo le pregunta: —¿Qué edad tiene su madre? —Ella murió hace cuatro o cinco años —es la respuesta. —¿Cómo, entonces, pudo hablar con usted anoche? —Fue en una sesión espiritista. —¡Oh! En Estados Unidos tan sólo con contarle a alguien que uno habla con los muertos puede lograrle un boleto de ingreso a una institución de enfermos mentales. En una sociedad, en la cual el espiritismo es la religión de gran parte de la población, no

se puede estar tan seguro. Su paciente no presenta con ello conducta que se desvíe de lo corriente en su sociedad.

Otra paciente vive maritalmente con un hombre casado. A ella no parece preocuparle la situación existente por sí misma; tan sólo por el efecto que pueda tener en sus familiares, de saberse esto públicamente. En Estados Unidos, el psicólogo asumiría que su sentido de culpabilidad se está reflejando en la preocupación por lo que piensen sus familiares o que dicha mujer revela decididas tendencias psicopáticas. Conversaciones posteriores con la paciente, sin embargo, indican que no hay tal sentido de culpabilidad, ni que su conducta manifiesta ninguna otra indicación de ser un caso psicopatológico. Sin duda, aunque sus actuaciones se desvíen de lo habitual en esta cultura, sus modos de reaccionar a éstas, son adecuadas. En forma análoga sucede con infinidad de casos en los cuales el psicólogo americano tomaría el lápiz sin dilación.

Otra paciente, una joven casada, está en trámites de divorcio, tras año y medio de matrimonio. Su esposo nunca llega a tiempo donde ella y es sumamente obsequioso y asiduo en sus relaciones con otras mujeres. El psicólogo le dice a la paciente que su esposo no entiende de las necesidades de ella. Comienza a plantearse la situación, dicho psicólogo, en términos de fallas en la comunicación y en las relaciones deseables entre marido y mujer. Mas todos los esposos en Jacaguas, donde vive el matrimonio en cuestión, se conducen en forma análoga. Un divorcio, que en Estados Unidos sería el primer paso hacia una condición mental saludable para la paciente resultaría, en éste caso, desviarse de los patrones aceptados. Después de todo, ¿a quién escogería ella para volverse a casar? Si el esposo actuara, como el psicólogo adiestrado en Estados Unidos espera que dicho cónyuge lo haga, esto lo tornaría en un individuo de conducta divergente de lo usual en su sector. El se conduce sencillamente como *macho* que es, un esposo correcto dentro de una sociedad que se rige por un doble patrón. En su grupo, aquél que no actúa como un verdadero *macho*, se pone a sí mismo el sello de poco hombre. Además, dicha comunicación entre marido y mujer es una norma norteamericana, raras veces hallada entre los puertorriqueños (Stycos; 1958).

En el curso corriente de los acontecimientos, sin embargo, el psicólogo dispone de poco tiempo libre para plantearse los problemas del diagnóstico. Como clínico que es, él debe resolver los problemas, enténdalos o no. Y su bien aprendida técnica de consejería resulta, de hecho, tan frágil como el resto de su equipo profesional.

El psicólogo hace terapia

Probablemente, la técnica de iniciación y acercamiento hacia el paciente que aprendió el psicólogo fue la indirecta. Aunque no se ciña absolutamente al enfoque llamado *Rogarian*, juzga que la labor debe realizarse por el paciente. Aunque el psicólogo puede interpretar la conducta del paciente, no se espera que se lo comunique a éste. Tampoco se inclina el paciente a permitir que el psicólogo tome las decisiones en sus manos. Imaginémos al psicólogo cuando trata de hacer refluir hacia el jíbaro los sentimientos expresados por éste. Nada puede lograr así. El paciente puertorriqueño, habituado a través de los años a la directriz de autoridad, se encuentra perdido, cuando el psicólogo se niega a expresarse, al efecto.

Pero el adiestramiento recibido por el psicólogo ha sido orientado hacia la abstención de soltar prenda, de su parte, hasta tanto el paciente haya expresado los aspectos recónditos de su vida. Y su manera de actuar lo hace imposible, ya que el puertorriqueño detesta, en primer lugar, el revelar sus intimidades, sobre todo al grado en que el psicólogo pueda efectuar sus interpretaciones. La terapia psicoanalítica, un proceso largo en Estados Unidos, tiende a convertirse intolerablemente prolongado en Puerto Rico.

El psicólogo ha aprendido que la relación entre paciente y psicólogo es una relativamente impersonal. El consejero no intenta hablar acerca de la vida personal suya, no se dispone a encontrarse con su paciente fuera de sus horas de oficina, ni mantener contacto físico con el mismo.

Sus profesores le enseñaron que hasta un apretón de manos es algo poco profesional, una práctica que, por el contrario, los psicólogos europeos señalan como valiosa fuente de información (Menninger, 1958). Cualquiera tentativa, por parte del paciente, de tornar la relación terapéutica en una de índole personal se considera como un problema de transferencia. Es ello una oportunidad que se le brinda al psicólogo de usar dicho problema para mostrar a su paciente sus tendencias neuróticas, la de convertir relaciones de negocios o profesionales en unas de carácter personal.

Lo que sucede es que la manera de conducir tratos de negocios o profesionales en Puerto Rico es una que se asienta sobre bases personales. Y, aunque hay algún cambio por influencia norteamericana, la nota de impersonalidad se resiente como ruda. Peor aún, cuando el psicólogo procede así, su paciente lo considera poco profesional en su conducta. El paciente puertorriqueño espera que el psicólogo se tome un interés personal en él y en su conducta. Cuando el paciente

le lleva un regalo al psicólogo, no lo hace con intento de sobornar a éste, sino en un gesto convencional de agradecimiento.

La tendencia a la impersonalidad es, de hecho, una norma norteamericana, tan firmemente entroncada en las clases media y superior, que desviaciones de la misma se consideran como síntomas de ansiedad incontrolable o de Maquiavelismo ambiental. La psicología norteamericana, sencillamente, no ha considerado la posibilidad, ni siquiera la existencia, de otras alternativas no patológicas. Cuando el psicólogo insiste en utilizar la terapia que aprendió en sus libros, si no pierde al paciente, de hecho lo que realiza es curarlo de ser puertorriqueño. Está, en dicho caso actuando, no como un terapeuta, sino como un agente de transculturación.

El problema

Al adoptar pautas de pensamiento americano, el problema trasciende al de la inflexibilidad de éstas. Existe tan poco traslapo entre las formas que constituyen la base tácita de la psicología americana y el ambiente puertorriqueño, que las reglas vigentes en la primera pueden poseer poco valor, o aún peor, pueden ser desorientadoras, en el segundo ambiente. La práctica americana, como la *freudiana*, considera toda patología psicológica como una de raigambre inicial entroncada en el sentido de culpabilidad. La cultura puertorriqueña, sin embargo, radica en la vergüenza, el mecanismo inicial y primario del desenvolvimiento social. Aunque en lo normal se responda, más o menos paralelamente con los patrones basados en la culpabilidad, trastornos en diversos sitios y modos tienden a surgir. Cuando un puertorriqueño posee una estructura inadecuada, en lo que a la personalidad respecta, éste no se considera inmoral por ello, sino inútil. Defenderá su condición moral ante cualquiera. Y no se trata de sobrecompensación. Su trastorno es diferente en su raíz, ya que el patrón de vigor enfático es decididamente dispar.

El puertorriqueño se relaciona con su mundo mediante una trama entretejida de relaciones familiares. La gente importante para él es la de su familia, no meramente la inmediata, sino su extensísima parentela. De estas relaciones familiares deriva él su identidad. Espera que éstos lo acepten tal como es. Reconoce que tiene obligaciones para con sus familiares y espera otro tanto de ellos. Si no siempre cumple él con dichas obligaciones ni los parientes con las suyas, esto se acepta resignadamente. Además, ni su identidad ni la de sus familiares peligra por esto. Se le acoge siempre con cariño y afecto legítimos. A los pa-

rientes no puede renunciarse. Es en el seno de la familia donde puede esperarse cariño. La familia, quizás, nada haga por uno, pero se mantiene siempre cordial y viceversa.

Se siente suspicaz, aún hostil, ante las personas ajenas al círculo familiar. A éstas las trata con *jaibería*, tal como ellas hacen con él. Cualquier tentativa de parte de dichas personas por mostrarse amigables, da margen a sospechas. ¿Para qué estará éste buscando mi amistad? El puertorriqueño no espera recibir del extraño ni cariño ni aceptación, tan sólo respeto a su dignidad (hacia la dignidad inherente a un ser humano), trata de mantener una tregua armada en la lucha de cada cual contra cada cual.

El puertorriqueño se ha formado diversas técnicas ingeniosas para confrontarse con la condición esencialmente repelente del mundo exterior. Ha desarrollado el *compadrazgo*, el método ya institucionalizado de convertir al extraño en familiar. Aun donde la relación de dicho *compadrazgo* no se ha formalizado, la misma sirve para transformar un mundo de negocios o profesional en uno de relaciones interpersonales. Al llevar a cabo negocios con alguien a quien el puertorriqueño pueda, aún trayéndolo por los cabellos, considerar parte de su familia, lo hace recalcando el elemento personal, mientras relega el negocio a segundo plano incidental.

Este sistema se extiende hasta donde puede lograrlo el puertorriqueño. Cuando se lleva a éste más allá del palio del círculo familiar, se refugia en su *dignidad*. Y ahí, también, se ha hecho de medios para ampliar el mero respeto a él como persona. Se avía de certificados que conlleven el que se le respete en un mundo reacio: un título, una disciplina, un puesto, un conocimiento. Uno no tiene entonces que complimentar al hombre; se ha de respetar el uniforme. Este segundo mecanismo es peculiarmente característico de la clase media. En él radica la principal motivación de la educación. No es símbolo ni garantía de idoneidad en el desempeño del cargo, sino una demanda del respeto debido. No es, pues, únicamente el puertorriqueño del campo, el tradicional, el que no encaja en los moldes americanos; también su pariente de la zona urbana, el progresista, queda fuera de dichos moldes.

Hemos dejado establecido el hecho de que la psicología americana no funciona en Puerto Rico. Reconozcamos, además, que sería poco provechoso el intentar la determinación de quién es culpable de la situación. Lo cierto es que, ni siquiera en un plano secundario, se ha orientado la psicología americana hacia la consecución de un sistema aplicable a Puerto Rico. Difícilmente pudiera responsabilizarse a los psicólogos americanos, quienes abstraídamente propiciaron una

situación en que los psicólogos puertorriqueños se asieran a dicha disciplina como a una tabla de salvación en caso desesperado. Tampoco puede condenarse al psicólogo puertorriqueño por tomar al pie de la letra la inflexibilidad inherente al sistema de psicología americano. El adiestramiento de dichos psicólogos fue hecho a costa de ímprobos sacrificios en lo económico y en lo psíquico. Pretender que esto se rechace, para reiniciar el comienzo, es exigir algo que no puede pedírsele a un grupo orientado hacia una percepción selectiva. La única esperanza futura radica en la preparación de las nuevas generaciones dentro de un marco adecuado. En este nuevo cuadro, las necesidades del psicólogo y los pacientes potenciales deben tomarse en cuenta, para obviar conflictos internos.

La creación de esta disciplina es una tarea formidable. No se facilitará ésta en nada con posponerla. Al efecto, se requiere la creación de una psicología puertorriqueña *ab ovo*. El hacerlo exige un buen acopio de imaginación, algo cuya demanda, generalmente, es mayor que las posibilidades de servirse. Debe fundamentarse la disciplina sobre bases de sólida investigación, lo cual brilla por su ausencia en la actualidad. Estos obstáculos no resultan, a la postre en desventajas mayores. La primera generación de psicólogos puertorriqueños efectuará el aprendizaje de su disciplina, mientras elabora la misma, en contacto directo con su gente. He aquí un reto que esperamos que sirva de acicate para el estudiante puertorriqueño.

El puertorriqueño está equipado, en forma singular, para este tipo de acción. Ha sido un hombre de vida marginal siempre. Su existencia ha discurrido, en el punto de choque y convergencia de dos culturas. Su experiencia extensa le ha aleccionado en cuanto a multitud de soluciones que el individuo de visión monocultural da por sentados previamente. El puertorriqueño ha aprendido a elegir entre estas soluciones que se le han presentado. De tener la oportunidad de hacerlo, el psicólogo puertorriqueño podrá examinar la psicología americana, crítica y simultáneamente desde su dúplice visión interna y externa. Por mor de su historia, ha adquirido un acondicionamiento perspectivo que el psicólogo monocultural ha de luchar por poseer. La educación del psicólogo puertorriqueño ha de cultivar las posibilidades críticas inherentes a esta sensibilidad. Se le debe proveer de una base firme de teoría psicológica y de oportunidades para adquirir valiosa experiencia, a la vez que de una supervisión cuidadosa en la práctica. Todo esto debe efectuarse en un plano de calidad comparable con el que existe en las mejores instituciones de Estados Unidos. Pero todo debe realizarse concomitantemente con el uso de las oportunidades para explorar y conocer la índole psicológica del puertorriqueño. Además, se debe posi-

bilitar el conocimiento de las implicaciones teóricas involucradas en la elaboración de principios de psicología puertorriqueña, derivada de la práctica, al efecto. Con estas pautas como guía, podremos confiar en el desarrollo de una generación de psicólogos puertorriqueños bien preparados para entender en los suyos. Estos, a su vez, fundamentarán una base adecuada para sus sucesores.

BIBLIOGRAFIA

- Albizu-Miranda, C., Matlin, N., and Stanton, H. R. *The Successful Retardate*. San Juan: Vocational Rehabilitation Administration, 1966.
- Hollingshead, A. B. and Redlich, F. *Social Class and Mental Illness*. New York: John Wiley and Sons, 1958.
- Menninger, K. *Theory of Psychoanalytic Technique*. New York: Basic Books, 1958.
- Stycos, J. M. *Familia y Fecundidad en Puerto Rico*, Mexico City: Fondo de Cultura Económica, 1958.